

PROGRAMA “TENDIENDO PUENTES”
Universidad Nacional de La Plata –
Instituto Superior del Profesorado I-28 “Pbro. Dr. Alfredo Ramón Meyer”

TRABAJO DE INVESTIGACIÓN DE MICRO HISTORIA ORAL:

**¿Qué quería Aldo Rico en
Monte Caseros?**



AUTORA: Mariela Andrea Borgo / E-MAIL: marielaborgo@hotmail.com

PROFESORES GUÍA: Lic. Guillermo Quinteros; Prof. Marta Gallero; Prof. Jorge Aubel; Prof. Viviana Berón

FUENTES: Capitán Retirado Miguel Álvarez (ex carapintada); Teniente Coronel Retirado Héctor Álvarez de Igarzábal, ex jefe del Regimiento de Infantería 4 de Monte Caseros; Profesor Julio Martínez, ex secretario del Concejo Deliberante de Monte Caseros; Eduardo Leonel Galantini, médico cirujano, actual intendente del pueblo; Ángel Sánchez, jubilado, vecino montecasereño; Gerardo Gallero, ex integrante del Modin en Monte Caseros.

RESUMEN: El 18 de enero de 1988 se inició en Monte Caseros un episodio que puso a la ciudad correntina en el mapa y en los libros de Historia de la Argentina: el levantamiento de Aldo Rico. La autora se pregunta sobre las verdaderas intenciones del ex carapintada, e interroga al respecto a protagonistas de la época, civiles y militares. ¿Pretendió Rico encabezar un golpe de estado o se trató de un reclamo a la cúpula del ejército? Con base en los relatos, que no tienen desperdicio, en el trabajo “¿Qué quería Aldo Rico en Monte Caseros?” se desestima la primera hipótesis, aunque una vez más ciertos planteos invitan a la duda.

Octubre de 2010

TRABAJO DE INVESTIGACIÓN DE MICRO HISTORIA ORAL:

¿Qué quería Aldo Rico en Monte Caseros?

El calurosísimo 18 de enero de 1988 se inició en Monte Caseros un episodio singular que, por mucho que les pese a algunos lugareños, puso a nuestra ciudad en el mapa y en los libros de Historia de la República Argentina: el levantamiento del entonces teniente coronel Aldo Rico, quien nueve meses atrás, en abril de 1987, había protagonizado el levantamiento de Semana Santa y conseguido del presidente Raúl Ricardo Alfonsín el compromiso explícito de responder favorablemente a ciertas “reivindicaciones” para el sector militar subalterno.

Por el levantamiento de Semana Santa en Córdoba, Aldo Rico cumplía condena en Campo de Mayo. El 30 de diciembre de 1987 se le había concedido el privilegio de arresto domiciliario; dos semanas más tarde, envió un comunicado afirmando que desconocía la autoridad del Estado Mayor del Ejército y de los tribunales militares por no ver garantizada la justicia, y escapó. La autoridad militar, el teniente general José Segundo Dante Caridi, declaró a Rico en rebelión, y el Ministerio de Interior ordenó su captura inmediata. Tres días después se lo encontró en Monte Caseros, aparentemente apoyado por el segundo jefe del Regimiento de Infantería Mecanizado 4, mayor Jorge Jándula. Jándula estaba a cargo de la unidad militar, ya que el jefe de la misma, teniente coronel Héctor Claudio Álvarez de Igarzábal, se encontraba disfrutando de sus vacaciones en las sierras de Córdoba y debía retornar a Monte Caseros dos días después del 18 de enero. De todas maneras, Álvarez de Igarzábal declaró que adhería al planteo de Rico, bautizado como *Operación Dignidad*. El segundo jefe, Jándula, había compartido con Rico vivencias tan significativas como la de Malvinas, por lo cual los unían lazos muy fuertes.

El levantamiento de Monte Caseros duró sólo tres días. Fueron jornadas de mucha tensión para quienes lo vivieron desde dentro del regimiento y en el fondo sabían que arriesgaban sus carreras, y para unos doscientos montecasereños que se interesaron por lo que sucedía y se acercaron al lugar, algunos a protestar, otros simplemente a curiosar. Para el grueso de la población, que disfrutaba de las

hermosas playas y de los carnavales que engalanan a la ciudad en verano, simplemente pareció tratarse de un hecho anecdótico más sobre el cual charlar: “Rico está en Monte Caseros, lo vi comprando hamburguesas en el carrito”; “Hay medios de comunicación de todas partes del país y del mundo. Santo Biasatti, la Red O Globo, Reuters, Nicolás Kasanzew, la United Press”, o “Prendé la tele, están diciendo que el pueblo está conmocionado por la llegada de Rico, ¿vos viste algo?”.

Con las comunicaciones de la ciudad cortadas, habiendo detonado y roto el puente del Timboy una mina y en medio de tanta desinformación -o manipulación de la información-, reconstruir los hechos resulta para el investigador un apasionante desafío: es como armar un rompecabezas donde las piezas son una serie de anécdotas, por momentos tensas, por otros risueñas, teñidas del cariz que un montecasereño o alguien que conoce nuestra idiosincrasia sabe darle, y en el que siempre queda la sensación de que falta una ficha.

¿Qué quería Aldo Rico en Monte Caseros? Los entrevistados, civiles y militares, algunos simples testigos y otros verdaderos protagonistas de aquellos días, pasan uno y otro ante mi grabador, respondiendo a este interrogante desde su lugar. La columna vertebral de este trabajo la constituye la interpretación que los informantes hacen del levantamiento de Rico. ¿Cuál era su verdadero propósito en 1988? ¿Cuál había sido en la Semana Santa anterior, aquella en la que se acuñó la presidencial “Felices Pascuas. La casa está en orden”? ¿Qué hubiera ocurrido si aquella mina no estallaba y más y más unidades se sumaban a los sublevados? ¿Contra quién se pronunciaban Rico y los carapintadas, contra el Gobierno civil de Alfonsín o contra la cúpula del Ejército Argentino? O, más específicamente, ¿se pretendió iniciar un golpe de estado o simplemente encabezar el reclamo del cumplimiento del compromiso de Semana Santa? ¿Cómo llega un militar tildado de golpista a ocupar cargos políticos de relevancia, respaldado por el voto popular? Tales los interrogantes que orientan este trabajo, para el cual convoqué al entonces teniente, Miguel Ángel Álvarez; al jefe del Regimiento de Infantería 4 de ese momento, teniente coronel retirado Héctor Claudio Álvarez de Igarzábal; al profesor en Historia Julio Dionisio Martínez, en ese entonces secretario del Concejo Deliberante y asesor del Intendente del pueblo, Benito Germán Borgo; al médico cirujano Eduardo Leonel Galantini, intendente actual, y que en aquellos días tomó cartas en el asunto de un modo muy peculiar; a un vecino, Ángel Claver Sánchez, alias Lito, quien trabajaba en el ferrocarril y fue uno de los que se acercó a regimiento a

ver qué pasaba, y al señor Gerardo Gallero, retirado de la Prefectura, quien dos años después del levantamiento recorría las calles de Monte Caseros y de buena parte de la provincia con Aldo Rico, como miembro de la Junta Departamental del Modin, con una excelente respuesta por parte de los votantes, que a nivel país posicionaron al partido de Rico como tercera fuerza nacional.

Como se verá, los informantes allegados al ejército se inclinarán por la hipótesis de que Rico buscaba desde Monte Caseros exigir que Alfonsín cumpliera el compromiso realizado con él nueve meses atrás, en el levantamiento de Semana Santa, que básicamente apuntaba desligar de culpa y cargo a aquellos militares subalternos, (de teniente coronel para abajo) que durante la última dictadura militar habían combatido cumpliendo órdenes e identificados con su uniforme. Las leyes de Punto Final y Obediencia Debida estaban enmarcadas en este compromiso, que incluía otros ítems en el mismo sentido, los cuales no se habían cumplido para enero de 1988. En cambio, para los civiles, no hay dudas de que el carapintada quería iniciar en Monte Caseros un golpe de Estado al gobierno de Raúl Alfonsín, dado que la proclama de la rebelión que se dio a conocer a través de los medios decía que el ejército “retomaba la conducción política del país, ante la inoperancia de los sectores gobernantes de ese momento”.

Esta parte central del trabajo incluye la visión de los entrevistados de una serie de episodios que hoy son comentario en el pueblo, pero sobre los que nadie parece tener certeza: la amenaza de bombardear el barrio 308 viviendas, la explosión del puente del Timboy, la colocación simbólica de una cadena y un candado en las puertas del regimiento por parte de Galantini, la aparición súbita de la prensa nacional e internacional, los periodistas que se daban maña para mostrar a un pueblo ofuscado y la misteriosa llegada de un hombre alto disfrazado de gaucho en una avioneta, que tras bajar dos maletas en un campo cercano a Labougle habría impulsado a Rico a dar por finalizada la rebelión.

Por razones de tiempo y espacio, el presente informe deja afuera otros aspectos del tema por el cual Monte Caseros es conocido a nivel nacional, sobre los cuales podremos dialogar en el momento de las preguntas.

El objetivo del levantamiento

Miguel Ángel Álvarez, entonces teniente del ejército destinado en Rospentek, desde donde apoyó el levantamiento en Monte Caseros y se negó a venir con su gente a reprimir, sostiene que en aquel momento estaba seguro de que todos los carapintadas luchaban por lo mismo: el cumplimiento del compromiso asumido por Alfonsín para con el ejército en Semana Santa de 1987. El mote *carapintada* alude simplemente al uso de pintura de camuflaje por parte de los sublevados.

“Tras el retorno a la Democracia y por varios años, el ejército argentino se vio fracturado por la ola de juicios y condenas a oficiales jóvenes, que habían cumplido órdenes y combatido con su uniforme e insignia, dejando afuera a los coroneles y generales que habían dado tales órdenes y a un montón de militares y civiles que robaron o mataron encapuchados, de noche, con peluca y barba, por lo cual no se los puede identificar. Hay que investigar a fondo el tema de los enriquecimientos repentinos de empresarios en aquella época y juzgar a quienes actuaron de manera encubierta y a quienes emitieron las órdenes”. En estos términos grafica Álvarez las razones por las cuales en 1987 y 1988 apoyó los reclamos de Aldo Rico de una serie de reivindicaciones para el sector más joven del ejército.

Sin embargo, a veintidós años de los hechos, con la posibilidad de haber analizado más la vida pública de Aldo Rico y con la carrera de Profesorado en Historia en su tramo final, Álvarez tiene hoy una visión particular y sumamente interesante de cuáles fueron las verdaderas motivaciones de Rico para este segundo levantamiento, es decir, el de Monte Caseros. “En Semana Santa estoy seguro de que Rico defendía un ideario que compartíamos y buscaba, mediante lo que se llamó la “operación dignidad”, que se hiciera justicia con quienes habían cumplido órdenes en el ejército. En cambio, creo que en Monte Caseros entraron a jugar otros intereses de fondo, ya que Rico tenía importantes vinculaciones con un sector del peronismo que más tarde lo llevaría a encolumnarse políticamente con Menem”, interpreta hoy Álvarez, capitán retirado y luego indultado, precisamente, por haber apoyado a Rico en ambas oportunidades. Álvarez fue indultado por el Decreto 1004, junto a generales, oficiales subalternos, y guerrilleros, en lo que Carlos Menem llamó la “Pacificación”, medida que exceptuaba desde ese momento del juicio tanto a militares como a guerrilleros. El entrevistado se manifiesta en contra de este indulto, dado que, como explica, “no cumplí las mismas funciones que Videla y los generales

que impartieron órdenes, ni participé tampoco de la guerrilla, por el hecho de haberme graduado como oficial a finales de 1980. Lo correcto hubiera sido juzgar a quienes impartieron órdenes y, con respecto a los levantamientos, los que habíamos sido sancionados debimos haber tenido la posibilidad de apelar a la Cámara Federal, que es un derecho constitucional. No este indulto, que nos igualó a todos”.

El informante mencionó que en Semana Santa, el ex carapintada había recibido la visita de Eduardo Duhalde, Antonio Cafiero y otras figuras del peronismo. Si bien en aquel momento no le dio importancia, más tarde, atando cabos, considerando la ascendente carrera política de Rico, quien “quedó lleno de contactos después de Monte Caseros” y ocupó importantes cargos a nivel municipal y nacional (actualmente es Concejal en San Miguel y, respaldado por Néstor Kirchner, busca ser intendente de la localidad por tercera vez), llegó a la conclusión de que, evidentemente, él tenía forjados importantes intereses personales en el segundo levantamiento.

Para Álvarez, en ningún momento pretendió Rico encabezar un golpe de estado, sino simplemente, con la figura clave de Menem como telón de fondo, debilitar al gobierno de Alfonsín para que su gestión terminara antes de tiempo, tal como ocurrió.

Álvarez detalla un hecho que parece insoslayable, en este sentido. El abogado que lo defendía cuando era juzgado por su apoyo a los levantamientos le explicó su estrategia: “vamos a estirar, estirar, los tiempos. En las próximas elecciones va a ganar Menem y los va a indultar”. Y así lo hicieron.

Llegaron las elecciones, ganó Menem, y Álvarez, junto a cientos que habían adherido a la causa de Rico, fue indultado.

Actuación del gobierno local

Es realmente interesante contrastar las miradas de las distintas fuentes, dependiendo del lugar que ocupaban en ese momento. Mientras para los militares de ninguna manera se pretendió afectar o dar injerencia al gobierno del pueblo, para quienes ocupaban cargos políticos era crucial tomar cartas en el asunto y “salir a defender la democracia”.

Desde una vereda completamente opuesta a la de Álvarez, el profesor Julio Martínez no tiene dudas de que Rico pretendió encabezar un golpe de estado contra el gobierno de Alfonsín.

“Nosotros nos enteramos de lo que estaba pasando en el baile de las reinas, en el Club Social y Deportivo Barrio Nuevo”, recuerda. “Había rumores en todo el país de que se iba a producir un levantamiento militar, pero jamás pensamos que iba a ser en Monte Caseros, donde nosotros teníamos nuestra base política”, explica el entonces secretario del Concejo Deliberante y del Partido Justicialista.

Nos enteramos por un radiograma que fue emitido por Radio Mitre; escuchamos una radio que tenía el doctor Ferreira e inmediatamente decidimos actuar. Le sugerimos al intendente, Benito Germán Borgo, sugerimos que fuéramos a la municipalidad para mantener las puertas abiertas. Abrimos las puertas y ventanas y comenzamos a convocar a los concejales para una sesión extraordinaria a las siete de la mañana. Convocamos a otras figuras sobresalientes de la oposición, como los doctores Rabella y Malvicino. En la casa del doctor Rabella ya estaba un periodista de Paso de los Libres, que se había enterado y vino inmediatamente a cubrir, que fue el primer periodista que nosotros vimos”, relata. Y continúa.

“Fuimos todos a la Municipalidad, abrimos todas las puertas y en ese momento observamos movimientos sospechosos alrededor de la plaza, donde un jeep del ejército estaba dando vueltas y vueltas. Después supimos que querían venir a pedir prestado el mimeógrafo que teníamos, en el que se hacían los comunicados y el boletín oficial. Querían solicitar en préstamo el mimeógrafo de la municipalidad para emitir la proclama por la cual iban a declarar ante la opinión pública sus propósitos a toda la comunidad. Afortunadamente, pudimos abortar con nuestra sola presencia tal iniciativa de las fuerzas que no estaban respondiendo en ese momento al gobierno”, explica el docente.

Transcribo el relato, porque no tiene desperdicio.

“En la sesión del Concejo Deliberante se resuelve por unanimidad que el intendente, con el secretario de gobierno y el presidente del Concejo Deliberante, el Dr. Jorge Laphitz, de la misma línea política que el intendente en ese momento, fuéramos en conjunto a la puerta del cuartel, y allí se intentara dialogar con los levantados, los famosos carapintadas, porque así estaban. Así lo hicimos, llegamos hasta ese lugar, y ahí por orden del teniente coronel Álvarez de Igarzábal, jefe del

regimiento, solamente se permitió el ingreso del intendente municipal. El resto permanecimos afuera, con una nube de periodistas que ya habían llegado de Brasil, la United Press y otras agencias que no sabemos cómo llegaron tan rápido al lugar, evidentemente ésta era una cruzada nacional, porque de otra manera no se explica cómo pudieron haber llegado tan rápido todos aquellos periodistas.

Así que sólo entró el intendente. Intentaron ingresar el doctor Ignacio Vianna y el escribano Raúl Pérez con él, pero no les fue permitido. Una hora y media estuvieron ahí dentro. Nos contó después Benito que habían estado conversando en una oficina sólo tres hombres. El jefe del regimiento, el intendente, y un tercer hombre, alto, que probablemente haya sido Rico, quien le entregó un papel para que leyera ante toda la prensa que se encontraba afuera, para que la información que ese papel contenía se difundiera al mundo.

Se trataba, ni más ni menos, que de la proclama de la rebelión militar, que no fue leída.

Según el relato de Martínez, los puntos más álgidos de la proclama eran el cuatro y el ocho, donde decía que el ejército “retomaba la conducción política del país, ante la inoperancia de los sectores gobernantes de ese momento. Posteriormente, Aldo Rico quiso enmendar esto diciendo que no era un levantamiento contra el gobierno constitucional, sino contra las autoridades militares, cosa que se desmentía donde decía “el ejército retoma la conducción política del país, no decía del arma sino del país”, por lo tanto no era contra el ejército, sino contra el gobierno civil y constitucional”.

En su obra “Incendio en las chilcas”, el escritor montecasereño Carlos Borovinsky dedica una página al momento en que el intendente no sólo recibe la proclama, sino que la lee ante toda la prensa. “Nunca comprenderemos por qué tuvimos que ver a un intendente de la democracia leyendo una proclama de rebelión militar”, dice.

Pero este hecho es negado por todos los entrevistados. “Si eso hubiera ocurrido, el Concejo Deliberante hubiera sacado al intendente de su puesto”, coinciden Álvarez y Martínez.

Mientras Álvarez echa por tierra la posibilidad de que “un hombre político y un hombre de pueblo de la talla de don Benito se hubiera prestado para algo así”, Martínez señala: “no hay que olvidar que *Incendio en las chilcas* es una mezcla de hechos verdaderos con mucho de ficción, que tiene que ver con la poderosa imaginación del autor”.

Un reclamo a los altos mandos

Álvarez de Igarzábal, en tanto, tiene un borroso recuerdo de aquel episodio con el intendente. Lo que sí recuerda es que eran días de mucha tensión dentro del regimiento, y que todos, incluso él, sabían que estaban arriesgando su carrera con el levantamiento.

Él se enteró de lo que sucedía por un llamado de Jándula, su segundo jefe, quien le habría advertido que estaba llegando Rico y que la situación podría ponerse fea, como en Semana Santa. Álvarez de Igarzábal no dudó en venir, hacerse cargo de su unidad y respaldar el reclamo de Rico a los altos mandos del ejército, para que intervinieran ante la situación perjudicial por la que atravesaban las capas subalternas.

“No, de ninguna manera pretendió ser éste un golpe de estado. Si yo te digo que con este palillo voy a levantar un auto, vos no me creés. Me dirías: pero no, cómo vas a levantar el auto con un palillo”. El militar retirado, también a causa de su participación en el levantamiento de 1988, es así de gráfico al explicar que “es imposible pensar en hacer un golpe de estado desde un regimiento como el de Monte Caseros”.

Para él, la maniobra se consideró incorrectamente como *golpista* porque “después de esto Mohamed Alí Seineldín tuvo dos levantamientos que fueron poco claros, inorgánicos, se le fueron de las manos al mismo Seineldín; esos quedaron como una serie de hechos golpistas. Pero el reclamo de Rico era contra los altos mandos del ejército. Era claro en el radiograma que era ese y no otro el objetivo”.

El radiograma al que hace alusión Álvarez de Igarzábal es el que Rico envió desde Monte Caseros a todas las unidades del ejército a nivel nacional, donde se reclamaba el cumplimiento del acuerdo al que él y Alfonsín habían llegado nueve

meses antes, en Semana Santa. Así explica él sus motivaciones: “Rico viene a Monte Caseros a reclamar lo que no se estaba cumpliendo, desde acá se hace un radiograma a las unidades del ejército donde se reclamaba el cumplimiento de ese acuerdo, y hubo una reacción por parte del presidente, que mandó tropas para reprimir”.

Para el entrevistado, a quien pude contactar el 18 de septiembre pasado luego de una ceremonia de la que participó en el Regimiento de Infantería 4, “fueron el gobierno nacional y la cúpula del ejército quienes enviaron no sólo a las tropas a reprimir, sino a la prensa nacional e internacional, para que armara toda la escena del golpe de estado, algo que en realidad no estaba ocurriendo”.

Muy por el contrario, Miguel Ángel Álvarez entiende la presencia repentina de la prensa como una prueba de que el levantamiento estaba respaldado por grupos de poder opositores al gobierno de Alfonsín, quienes “manejan los medios de comunicación, que aprovechaban cualquier incidente para debilitar la imagen pública del presidente”.

Es importante hacer propicio este espacio para transmitir al pueblo un mensaje de Álvarez de Igarzábal: “Lo que hicimos en ningún momento pretendió provocar disturbios en Monte Caseros. Si hemos causado intranquilidad, realmente lo siento mucho”.

“Somos un pueblo jodido”

Lito Sánchez, vecino del barrio Florida de Monte Caseros, también está convencido de que se trató de un intento golpista, en virtud de que Rico vino a Monte Caseros escapado. Lito pasó toda la primera jornada del levantamiento fuera del regimiento, observando detalles que hasta hoy registra.

Me cuenta: “Puntualmente ese día yo estuve trabajando en galpón de máquina en el depósito de locomotoras de Monte Caseros y por radio Chajarí nos enteramos que Rico estaba acantonado en el RI4, apañado por un tal mayor Jándula. Cuando largué el turno me fui para allá. Hacía un tremendo calor, como 38 grados. En el portón vi una camioneta tipo traffic, con antenas, había móviles de la Red O Globo, Reuters, estaba Santo Biasatti, que era uno de los periodistas más progresistas del momento, y gente de Monte Caseros. También me acuerdo que apareció el

vicegobernador de entonces, Branca, con su hermano, y los dos andaban con unas copas demás afuera del regimiento. Estaban los carapintadas con unos fal y Rico acantonado, con nuestras armas. Porque nosotros le pagamos para que sean el brazo armado de la Patria, no la columna vertebral”.

La gente estaba caliente, indignada, porque esto ocurría en plena Democracia. Se insultaba a los carapintadas. Aldo Rico se alzó en armas contra el gobierno, el que dice algo en contra está del otro lado. Los argentinos transitamos por el camino de la dualidad permanente. O estás de un lado o del otro”, reflexiona el entrevistado.

Lito relata que “a través de un sistema de magneto, los periodistas pedían para ir a entrevistar a Rico; a Santo Biasatti no le permitieron, a la cadena inglesa Reuters, sí. Eso lo tengo bien patente”.

También recuerda que la camioneta de Cusinatto era la que proveía al regimiento de alimentos y bebidas. Y que estaban cortadas las comunicaciones. “Los que apoyaban la democracia querían comunicarse fuera del área de Monte Caseros; querían hacerlo por el expreso Cofa, y no se lo permitieron. Esas son cosas que no hay que olvidarlas”, enfatiza.

“Me acuerdo que había un carapintada... y yo pasaba con mi bicicleta. Le dije: “¿Ya se rindió Rico?” Y me respondió “ese no se rinde ni se rendirá”.

Como muchos, Lito no comprende el apoyo brindado por los montecasereños a Rico más tarde, con su partido propio: “Hay cosas que no se entienden. Somos un pueblo jodido, por ignorancia tal vez, nos falta un montón como ciudadanos. Hay que transitar las utopías. Vivimos en un país que tiene su segmento rechazado”, asegura.

Le pregunto a Lito si tenía miedo.

-No sé, yo miedo no tuve. Te hablo de lo personal. Mi vieja sí tenía miedo, habíamos vivido en dictadura... Y la gente del pueblo en general estaba en otra cosa, me parece, porque en el regimiento había unas cien personas no más. Por ahí ni siquiera se enteraron de nada, porque las comunicaciones estaban cortadas.

Lito cree que, ya en Semana Santa, “Alfonsín hubiese podido mandar en cana a todos los jefes de los militares, aprovechando esa hermosa pueblada. Lástima

que Alfonsín no se animó a pegar el manijazo a la institución militar durante esa manifestación popular, porque todos lo hubieran apoyado”.

Aunque expresado en otros términos, esto último coincide plenamente con la opinión del capitán retirado Miguel Ángel Álvarez, para quien “tanto el pueblo argentino como una gran mayoría del ejército hubiera apoyado el descabezamiento del ejército, con el retiro de los generales y coroneles que habían tenido mayor responsabilidad durante la última dictadura militar. Pero Alfonsín no se animó”.

El éxito del Modin en Monte Caseros

Gerardo Gallero, otro vecino del barrio Florida, retirado de Prefectura, conoció a Rico un año después del levantamiento, y fue parte de su equipo del Movimiento por la Dignidad y la Independencia Nacional (Modin) en Monte Caseros. En realidad, fue un referente a nivel provincial, que está orgulloso de haber recorrido las calles junto a una personalidad como Rico y de que Monte Caseros haya sido el municipio con mayor porcentual de votos del partido a nivel nacional en las elecciones de convencionales. “Sacamos 4.503 votos”, recuerda, satisfecho.

“Yo cuando pasó lo del levantamiento no lo conocía todavía, pero él comentaba que su intención era reclamar al estado mayor del ejército por la situación de los subalternos. No me pareció una persona capaz de querer hacer un golpe de estado. Sus ideas eran constructivas, no destructivas”, explica Gallero, consultado sobre las motivaciones de Rico en 1988.

El candado de Galantini

Para ese entonces, el actual intendente de Monte Caseros, Eduardo Galantini, hacía pocos meses había vuelto a Monte Caseros, tras culminar su especialización en cirugía. La política aún no estaba entre sus prioridades.

Galantini coincidía por aquellos días con la hipótesis de un intento golpista. “Tenía toda la sensación que era una asonada militar que ponía en riesgo a la democracia y que el fin era derrocar al gobierno constitucional”, relata, quien, de una forma peculiar, decidió entonces tomar cartas en el asunto, y colocó un candado simbólico en el portón del Regimiento 4.

Me cuenta: “En realidad éramos un grupo de casereños que, preocupados por la situación que vivía el país, organizamos una suerte de *resistencia* local. Ésta consistió en armar maderas con clavos que colocábamos a los autos de los familiares de los amotinados que venían a traer comidas y otros enseres personales, como así también los tirábamos al paso de los jeeps militares que salían del cuartel. Entre algunos de los que me acuerdo que estábamos en estas acciones, están *Cacho Cuadras*, *Rufino Ovando* y otros. En algún momento se nos ocurrió que, como los carapintadas tenían presa a la población con sus actividades, por qué no los encarcelábamos a ellos... fue así que surgió la idea de colocar un candado en los portones del cuartel (Regimiento 4); compré el candado y una cadena, fui y lo coloqué, cerrando el portón de acceso, ante la mirada atónita de los carapintadas que, del otro lado, no tenían órdenes y no sabían qué hacer ante tal situación. Después les gritábamos: “ahora los presos son ustedes... ¡ja, ja, ja!”.

Consultado acerca de cómo tomaba la población lo que estaba ocurriendo, responde: “La sensación que tengo es que todos tomaban esto como una payasada, a excepción de los familiares de los amotinados, que, con gestos adustos, daban la impresión de creer que sus familiares estaban haciendo algo por el bien de la patria el orden, y esas cosas que suelen decir”.

Sobre el papel que jugó la prensa, recuerda: “Prensa local, casi no existía. Con respecto a los medios nacionales, *Clarín*, que era el único medio que por entonces llegaba al pueblo, decía que se estaba combatiendo en las calles, que en el barrio 308 viviendas la gente no dormía esperando los bombardeos, y luego hacían notas de color, hablando del carnaval y otras postales locales”.

Hoy, con un poco más de perspectiva, *Galantini* ve claramente que fue un intento de los “segundos mandos” para que toda la responsabilidad y condenas por las atrocidades de la dictadura recayeran solamente en los altos mandos del ejército, además de un aviso para condicionar al gobierno democrático, diciéndole: “¡Ojo, seguimos acá!”.

El bombardeo a las 308

La amenaza de bombardeo al barrio 308 viviendas de la que muchos hablaban durante el levantamiento y que, como cuenta *Galantini*, fue publicada en *Clarín*, entre otros medios de comunicación, merece un apartado especial.

Álvarez de Igarzábal minimizó totalmente la cuestión. Según el ex jefe del Regimiento 4, “alguien habrá querido hacer una broma y aprovechando la confusión general salió a decir que se iba a bombardear el cuartel, pero eso no era verdad”.

Lito Sánchez, un vecino que intentaba mantenerse informado, por ejemplo, no escuchó en ningún momento tal información.

Galantini la leyó en Clarín, un tanto sorprendido por las cosas que se decían y que, en realidad, no estaban ocurriendo o eran verdades a medias.

Un montecasereño que prefiere mantenerse en el anonimato, me cuenta que el periodista Nicolás Kasanzew, quien también cubría el levantamiento en Monte Caseros, les pedía a los vecinos presentes que gritaran con indignación a los carapintadas cada vez que él iba a salir al aire con su móvil. Son varios los aspectos mencionados por los distintos entrevistados que llevan a pensar en una cobertura armada, con un claro interés político de trasfondo.

Puntualmente, sobre el eventual bombardeo al barrio 308 viviendas, en medio de tanta manipulación de la información, Miguel Ángel Álvarez parece ser quien está en mejores condiciones de explicarnos si esto en algún momento tuvo asidero, o fue sólo un rumor.

Relata que hubo una amenaza de bombardeo al cuartel, que está muy cerca del barrio, por parte del grupo de artillería 7 de Resistencia, que tenía la orden de venir a reprimir. Pero en el camino, de una forma muy ingeniosa, desviándolo, el Regimiento 29 que venía de Formosa le había robado la munición y la había depositado en el cuartel de Monte Caseros. Por lo tanto, sí había existido una amenaza para el cuartel (no para el barrio 308), pero no se iba a poder llevar a cabo sin munición. De todas maneras, el barrio ya se había empezado a evacuar, y muchos vecinos cuentan que se resistían a abandonar su hogar.

A modo de inconclusión...

Lo expuesto es el inicio de un trabajo de investigación más profundo, que seguramente continuará con mi seminario en el profesorado, para lo cual agradeceré los datos y aportes que los presentes deseen brindarme, en otro momento.

Siempre se espera de un investigador que al final exponga sus conclusiones, lo cual en este caso no resulta tarea simple para mí, aún después de haber investigado el tema de mi interés, ya que las fuentes consultadas tienen miradas muy diferentes sobre qué quería Aldo Rico en Monte Caseros.

Es por ello que, por el momento, en virtud de que en Historia no siempre existe una sola verdad, o que las verdades son provisorias, por el momento, hasta obtener nuevos avances en la investigación, me limitaré a compartir con ustedes mi intuición, mi versión, acerca de las motivaciones del ex militar.

De todo lo expuesto, deduzco que Rico tenía la intención de producir una gran movilización dentro del ejército, a fin de exigir a la máxima autoridad militar de entonces, el teniente general José Segundo Dante Caridi, y al presidente Raúl Ricardo Alfonsín, el cumplimiento de lo acordado nueve meses antes, en Semana Santa. No creo que abiertamente, como objetivo principal, Rico se propusiera encabezar un golpe de estado. Quienes estuvieron cerca de él mencionan su premisa contundente: “Nunca más los militares en el gobierno”. Por otra parte, Rico no contó ni en Semana Santa ni en Monte Caseros con una estructura de apoyo internacional, factor clave en el desencadenamiento de los golpes de estado en nuestra historia.

Como me dijera uno de los entrevistados, en Monte Caseros una pequeña parte del ejército estaba con Rico, y una pequeña parte estaba contra él. Los demás estaban con un pie de un lado y un pie del otro, esperando a ver quién ganaba. En Semana Santa, Rico ganó en credibilidad y popularidad. En Monte Caseros perdió para la causa carapintada, pero todo da a entender que ganó para sus futuros planes políticos.

Sin embargo, algo me hace ruido, y no puedo dejar de preguntarme qué pudo haber ocurrido de no haber estallado aquella mina en la Ruta 25 que va a Colonia Libertad, y de haber continuado el ingreso de unidades militares de todo el país que venían, supuestamente, a reprimir, y al llegar adherían a la causa carapintada...

Mariela Andrea Borge